

A PROPÓSITO DE LA INVITACIÓN DEL P. GENERAL PARA REFLEXIONAR SOBRE EL SACERDOCIO EN LA COMPAÑÍA DE JESUS

■
José A. García Monge, S.J.
*Instituto de Interacción,
Dinámica Personal
Madrid, ESPAÑA*

*¿Cómo se relaciona el sacerdocio ministerial con
las pluriformes actividades apostólicas
de cada jesuita?*

La pregunta parece tener una dimensión de pensamiento analizador de la experiencia real de cada jesuita. Más que una respuesta “reflexiva” que corresponde al estudio teológico en su conexión con el Instituto de la Compañía, y, que si hay que hacerla, modestamente, me ofrezco a hacerlo, voy a dar algo experiencial.

MI EXPERIENCIA VOCACIONAL

En mi vocación a la Compañía de Jesús hubo inicialmente, en la prioridad de deseos, y en la experiencia de Ejercicios, más opción por ser jesuita que sacerdote. No me hubiera hecho nunca (así lo creo, sacerdote diocesano, ni hubiera entrado en otra Orden o Congregación religiosa). Yo creía firmemente que el Señor me llamaba a la Compañía de JESÚS (Lc.18,18-30).

TESTIMONIOS

Es verdad que con el paso del tiempo, siendo escolar, el horizonte del sacerdocio ministerial, en la S.J. estaba ahí, a pesar de haber valorado mucho a los Hermanos que fui conociendo que me parecían, algunos de ellos, un ejemplo de santidad.

Se trataba entonces, ante todo, de ser “un santo jesuita”. Kostka, Berchmans, Gonzaga, los vivenciaba más como “santos jesuitas”. Y a Javier, Ignacio, Pedro Fabro, como apóstoles santos.

En los dos años de Magisterio me sentí plenamente realizado, sin ser sacerdote, no sólo enseñando filosofía o latín (como misión), sino haciendo verdadero apostolado entre los alumnos como expresión de la llamada del Señor.

En los estudios teológicos en la Gregoriana, Roma, comencé a vivir el sacerdocio como un horizonte cercano y motivador para la praxis apostólica en y desde la Compañía. Tuve como profesor de la carta a los Hebreos al hoy cardenal Albert Vanhoye. (Nota: habría que profundizar mucho en la exégesis de ese texto del Nuevo Testamento).

HISTORIA DE MI EVOLUCIÓN EN LA VIVENCIA DEL SACERDOCIO

Viví el sacerdocio como una forma concreta de ser jesuita para los demás (Nota: todo esto hay que leerlo en clave de mediocridad espiritual y realización pobretona).

*el sacerdocio como
una forma concreta
de ser jesuita para los
demás*

La primera etapa como formador de escolares (aparte de otras muchas actividades apostólicas y profesionales: Docencia en Comillas, Psicología, Ejercicios Espirituales, convivencias, retiros, charlas, conversaciones espirituales etc...), la vivencié (mediocre y superficialmente) más como formador de jesuitas que como preparación profunda explícita (en la experiencia de Dios) a el sacerdocio ministerial de aquellos jóvenes. Me importaba el hombre y su FE, el Evangelio releído desde los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola.

Ser humano, creyente y seguidor de Jesús, era (y creo que es) lo esencial; hermano o sacerdote. El sacerdocio lo veía como una dimensión sacramental del servicio a la Iglesia y a la humanidad.

Yo me sentía jesuita-sacerdote, no sacerdote-jesuita. Es verdad que, a pesar de que, en dedicación temporal, mi trabajo (hoy lo vivo como misión) era más humano, docente y menos sacramental, la espiritualidad era de un pobre pecador que evangeliza y “significa” al Señor Jesús con el servicio, que es una dimensión de la adoración al Señor, la Palabra, con la Eucaristía, el ministerio de la reconciliación etc...

Para mí el presidir la Eucaristía era una forma importante, pero una más del “en todo amar y servir”, con la conciencia de ser pecador necesitado de salvación.

El recuerdo de mi ordenación en la iglesia del Gesù en Roma se centraba más que la presencia del obispo (Cardenal Traglia, vicario del Papa para Roma, del que sólo recuerdo que era bastante gordo), en la imposición de manos que, en unión con otros jesuitas, hizo Pedro Arrupe, General de la S.J. a quien consideraba y considero santo.

Me marcó mucho el carisma del servicio (en todo amar y servir a su Divina Majestad).

*en todo amar y servir
a su Divina Majestad*

SACRO-PROFANO

1.- Inicialmente vivía erróneamente una separación entre lo sacro y lo profano.

2.- Valoré la autonomía de lo profano (exageradamente) sin profundizarla como querida por Dios, en Jesús. Exageré lo profano (tarea “profesional”, a veces con un poco de vergüenza de mostrarme como “cura” y otras inmadureces).

3., Finalmente he ido viendo que todo es sagrado, desde Dios, en Cristo Jesús (cf, iluminación del Cardener), incluso las tareas que, a primera vista, se pueden calificar de simplemente profanas. En este sentido el sacerdocio no da “poderes” sagrados sobre lo profano sino que revela, a menudo torpemente, al pueblo de Dios SU RAÍZ Y SU VOCACIÓN, (pueblo elegido, sacerdocio real, nación consagrada (Ipe 2,9). Por supuesto que esto se puede hacer sin ser sacerdote, pero el serlo para los demás significa algo y a Alguien que está y actúa en ellos como en mí a quien se me ha encargado este ministerio y este Misterio.

TESTIMONIOS

todo es sagrado, desde Dios, en Cristo Jesús

Nota: En casi todas las religiones, desde los pueblos primitivos que viven la separación entre lo sagrado y lo profano ha habido “sacerdotes” (ancianos sabios, servidores del Tótem, chamanes, pastores, liturgos, etc...). El hombre es un “animal simbólico”, hacedor de símbolos, necesita “puentes” hacia lo sagrado, discretos intermediarios etc... En momentos cruciales de la vida, nacimiento, adultez, encrucijadas, muerte, esos mediadores cumplen una función importante. En la novedad de la revelación de Dios en Jesús el Cristo, el sacerdote no es el que dice: “soy sagrado” sino el que transmite: “Tu eres sagrado”, “nosotros, la creación es sagrada”: todo es lugar de encuentro con Dios.

MI VIVENCIA ACTUALMENTE

En mi evolución ulterior puedo decir que, creyendo en el único Sacerdote JESÚS y en el sacerdocio del pueblo de Dios, me he ido, por la gracia, sintiendo sacerdote en el sentido de significar no sólo lo ontológico-cultural sino el servicio profético del presbiterado en la Compañía, sin poder separar nunca lo de jesuita-sacerdote en mi experiencia.

La experiencia (llamémosla “mística”) de Dios misericordioso conmigo y con los demás subraya el Mensaje, la Buena Noticia, con una dimensión de que desde el sacerdocio en la Compañía aporta un servicio que no depende tanto de mis cualidades sino de Cristo que en su muerte y resurrección construye pueblo de Dios por la acción de su ESPÍRITU.

Esto se concreta en la oración Eucarística en la que la Acción de Gracias toca ya no sólo lo que ha pasado durante el día sino al Dios que ha pasado en su Pascua.

Creo que la oración personal y comunitaria es un don de Dios. Experimento diariamente esa consciencia creyente de su Presencia silenciosa y de su Palabra viva. La oración, en su profundidad es sacerdotal y el sacerdocio tiene que ser oracional.

Vivo el ministerio del reconciliación como “oficio de consolar” con la audacia de ver acción de Dios en la revelación del perdón de los pecados. Esto me produce un gran gozo.

Creo sinceramente que esta vivencia de lo sacerdotal me ha hecho comulgar con el Dios de la Contemplación para alcanzar amor.

Hoy vivo el memorial de la Última Cena como palabras que renuevan y, de alguna manera actualizan, la consagración de la humanidad en su variedad de personas y tareas por la flaqueza de nuestra memoria creyente y la debilidad de nuestra entrega al Reino. La protopalabra sobre el pan y el vino es recibirse de Dios, en Jesús, en su misterio de muerte y resurrección, sentirse y creerse salvados en esperanza y hacer comunidad de creyentes comprometida.

*la oración personal y
comunitaria es un
don de Dios*

Pienso que el sacerdocio, en una imagen humana, tal vez inadecuada al misterio de Dios, es como un ICEBERG. La parte flotante de la montaña de hielo, la que se ve es el ministerio, Ayuda humana, COMPASIVA, social, litúrgica, sacramental, anuncio, “pastoreo”. La parte hundida del iceberg es el misterio de Dios salvífico en Cristo. La flotante, mucho más pequeña: ministerio, la hundida, oculta, mucho mayor: misterio.

Si nos movemos, pensamos, actuamos sólo en el nivel visible haremos muchas cosas buenas, pero no revelaremos que “sólo Dios es Bueno” (Lc.18,19).

No se trata de separar niveles en el sacerdocio sino de UNIFICARLE, unificarnos en su verdad total que trasciende nuestros pensamientos y reflexiones psicológicas, sociológicas y humanistas. (que, por otra parte, están muy bien). Lo que el sacerdocio tiene de florido vive de lo que tiene de escondido.

EL SACERDOCIO EN SU DIMENSIÓN RELACIONAL.

En la experiencia sacerdotal desde la Compañía de Jesús no sólo vivencio cómo me siento sino que creo es muy importante cómo me ven y nos ven los otros en el rol sacerdotal.

Aunque esto ha cambiado mucho socialmente. Algunos nos verán “mal”, (o incluso “malos”), todavía hay mucha gente y no sólo apostólica-romana, a los que “el cura” les plantea un interrogante y les puede proporcionar una esperanza en el Dios vivo.

De este aspecto tengo muchas experiencias, casi me atrevería a decir con cierta exageración, a diario. Personas agnósticas o con una fe muy débil a los que el sacerdote humano que tienen delante les estimula a un diálogo, una crítica, una duda, una búsqueda sobre Jesús.

TESTIMONIOS

*no se trata de separar
niveles en el sacerdocio
sino de UNIFICARLE*

En el trabajo como psicoterapeuta antes me sentía “profesional de la psicología”, ahora me siento como un jesuita-sacerdote que sabe algo del oficio psicoterapéutico y AYUDA, “acompañando” (etimología de la palabra terapeuta), levantando el corazón a Dios para que actúe en el otro la sanación humana y divina y hablando explícitamente del Espíritu si el otro está motivado y receptivo, o me pregunta “la razón de mi esperanza” siempre dentro del correcto encuadre terapéutico. Oficio de consolar que también ejerzo en el acompañamiento actual de sacerdotes y jesuitas.

La Compañía es una Orden sacerdotal, apostólica. Eso tiene más que ver con el misterio salvífico de Dios que con nuestras tareas o con los “grados”. Como he escrito antes, “lo que el sacerdocio tiene de florido vive de lo que tiene de escondido”. Vid y sarmientos.

Me siento como un indicador borroso del Camino, pero no como el Camino. Si a alguno le ayuda estará bien. Laus Deo

***En la primera respuesta he esbozado algo de la
segunda pregunta sobre el sacerdocio ministerial como
“carácter esencial de la Compañía”***

Cuando los primeros compañeros (a excepción de Pedro Fabro ya sacerdote) se unieron como amigos en el Señor vieron que esa palabra tan ignaciana y esencial “ayudar a los prójimos” se ahondaba y potenciaba a través de un ministerio sacerdotal vivido en pobreza, “a la apostólica” y en servicio universal.

Para las pluriformes tareas a las que se dedica el Cuerpo de la Compañía, parece evidente (al menos para muchas), en una visión práctica, que no hace falta ser sacerdote. Cuando eligieron el presbiterado para los pocos profesos que imaginaban, además de las circunstancias históricas de la Iglesia en el siglo XVI, creo que pesó en ellos, en su discernimiento, no sólo qué tareas (muy universales) sino el cómo y el desde donde (experiencia de Dios, “inmediate”) y en ese cómo más que en la materialidad de la tarea (mejor misión) estaba carismáticamente presente el “carácter sacerdotal apostólico” tal vez intuitivo

en la Fe como una peculiar concretización de la comunión con Cristo el Mediador, el Salvador, con la Iglesia, y de ahí el ofrecimiento al Papa, como grupo sacerdotal en lo tocante a las misiones.

Los “maestros de París” como se les llamó durante un tiempo, pienso interesaban, en el momento histórico de la Reforma, más por su formación teológica y su talante evangélico que por “sacerdotes”.

Ellos buscaban una reforma-conversión de la Iglesia desde dentro y el centro de la Iglesia lo constituían los obispos y sacerdotes (el laicado contaba muy poco excepto en el poder temporal).

Estos “maestros de París” se llamaron inicialmente: “sacerdotes pobres de Jesucristo” y “sacerdotes reformados” (Más tarde clérigos regulares).

La Compañía, desde el principio, además de anunciar el Evangelio entre fieles e infieles, tuvo intencionalmente muy presente la conversión de la iglesia, la reforma de la Iglesia (sacerdotes, obispos, rudos, ignorantes...

Hoy el laicado tiene afortunadamente más protagonismo (aunque todavía demasiado poco).

La Compañía aportó la novedad de una Orden revolucionaria (sin hábito, coro etc...) con una gran movilidad y flexibilidad en la que el ministerio sacerdotal se situó en “buscar y hallar a Dios en todas las cosas”, no sólo con un encuentro devocionalmente fructivo, sino comprometidamente apostólico y sacerdotalmente mediador entre el Misterio de Dios (la gracia) y la acogida de la Palabra y voluntad de Dios en las vidas individuales y concretas de las personas y los pueblos.

Los primeros compañeros optaron, en el marco de los Ejercicios Espirituales que Ignacio les fue dando, por un sacerdocio pobre (sin beneficios eclesiásticos) itinerante en el ministerio de la Palabra y obras de misericordia. Pedro Fabro escribe: “Tomé los Ejercicios y me ordené de todas órdenes por El solo, sin alguna intención de alcanzar honra o bienes temporales”.

El “ayudar a las almas” deseo inicial de Ignacio, tomó cuerpo en el ministerio sacerdotal itinerante para recibir de la Iglesia una misión canónica. El sacerdocio en la Compañía fue siempre MISIONERO. Presentaron a la Iglesia de entonces un nuevo tipo de misión presbiteral: Servicio de la Palabra, Sacramento de la reconciliación y Eucaristía, servicio en hospitales, catequesis de niños, formación humana y cristiana, pensamiento teológico, OBRAS DE

*oficio de consolar que
también ejerzo en el
acompañamiento actual
de sacerdote y jesuita*

MISERICORDIA. En la Misa ponían todos un énfasis, (cf. Diario espiritual y también Fabro y muchos otros) con una profunda preparación y una expansiva devoción (comunión frecuente, insólita entonces, reconciliación, modos de orar. El presbiterado es para ellos un medio para el fin: “ayudar a las almas para mayor gloria de Dios”).

*el sacerdocio en la
Compañía fue siempre
MISIONERO*

El trabajo en los colegios que se fueron fundando y que no aparece en las primeras listas de ministerios, según Nadal es “una nueva forma del ministerio de la Palabra”. Nadal en una plática al hablar de

la época de Venecia, 1537, se olvida de hacer mención de la ordenación sacerdotal, poniendo el acento en la llamada de seguir a Cristo formando parte de la Compañía de Jesús.

Resumiendo, con un salto hasta el siglo XX en el que las Congregaciones Generales della Compañía de Jesús (desde la 31 a la 35) se ocupan, por primera vez, de aclarar el carácter sacerdotal de la Compañía, lo cual indica que es necesario profundizar la dimensión sacerdotal del Cuerpo de la Compañía. Lo que parece claro es que por razones históricas y creo yo también o ante todo profundamente del Espíritu, el sacerdocio en el carisma ignaciano presenta un modo de ejercerse muy distinto al tradicional. Es carismático y parte de una experiencia personal de Dios que acoge la humanidad, los signos de los tiempos evangelizando sin instalarse en la dirección de una comunidad. No es sedentario sino nómada por dentro y por fuera y muy creativo. Todo esto habría que profundizarlo histórica y teológicamente en la perspectiva actual.

Creo que una cosa es el sacerdocio concreto de un jesuita en la Compañía y otra más profunda y teologal el sacerdocio de la Compañía del cual como diré en la tercera respuesta formamos parte todos, hermanos y “padres”. En toda esta cuestión no sólo estamos tocando una praxis discutible e interpretable sino el misterio de un carisma, es decir el misterio salvífico de Dios.

¿Cómo se relaciona la vida y la vocación del hermano jesuita con el “carácter sacerdotal” de la Compañía de Jesús?

Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que le sabrán responder. Pero además de “doctores” la Compañía tiene hermanos que viven su vocación en el cuerpo de la Compañía, para la Iglesia y la humanidad que nos responderán

mejor. Esos hermanos, muchos de ellos santos, es decir que han realizado plenamente el Espíritu de la Compañía, no sé cómo teológicamente, aunque lo intuyo, viven en la unidad de un cuerpo apostólico su ayuda a las almas (con su cuerpo respectivo). Si tenemos en cuenta esa profunda unidad, más allá de diferencias accidentales todo el cuerpo apostólico es sacerdotal en el sentido más hondo. No importa tanto lo que hagas sino desde dónde lo haces y para qué lo haces. Es decir desde el misterio de Dios y para gloria de Dios vida del hombre.

*estamos tocando el
misterio salvífico de
Dios*

Recordando el texto paulino mis manos no son el corazón pero forman una unidad con el. Mis manos pueden bendecir y también las de cualquier hermano porque es el Corazón de Dios el que bendice.

Evidentemente en las distinciones eclesísticas hay diferencias entre el presbítero y el que no lo es. ¿Tienen importancia esencial esas diferencias en la raíz del Amor de Dios y del apostolado propio del Cuerpo único de la Compañía?

El ayudar al prójimo es teologal por su fundamento en la Encarnación y por el AMOR. Si la Compañía lo vive sacerdotalmente todos los de la Compañía lo hacen con esta visión más profunda de lo sacerdotal que no sólo es un ministerio sino una consagración.

La Congregación General 31 en su decreto 23, confirmando la Compañía como “cuerpo sacerdotal” dice “en el que todos, hermanos, escolares y sacerdotes participan conjuntamente en la unidad del apostolado que ejerce la Compañía”.

Escribía al principio que mi vocación fue más a la Compañía que al sacerdocio, digo ahora que me he encontrado hermanos que según el Derecho Canónico no son sacerdotes pero son sacerdotales y esto no sólo por el sacerdocio de los fieles sino por el hecho de pertenecer al cuerpo de la Compañía, “ordenados por la gracia de la llamada de Dios en el cuerpo de la Compañía”.

En un plano profundo del Espíritu, “esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”, lo dice el hermano en su Fe y Amor cristiano, con su vida. No hablamos de ritos sino de “leiturgia” en su primitivo sentido diacónico, no ritual. Recordar la Misa sobre el mundo de Teilhard de Chardin.

El hermano jesuita no es sólo el que “me ayuda a celebrar la Misa”, es el que celebra el Misterio Pascual de Jesús con una especial vocación a verificarlo en y desde el cuerpo de la Compañía.

TESTIMONIOS

Creo que en la praxis de los jesuitas (y de muchos más) se considera al sacerdote como “más” que al hermano. Históricamente así parece. El sacerdote jesuita no es más que el hermano jesuita. El “magis” es algo muy profundo que tiene que ver con la entrega a Jesús. “El que de vosotros quiera ser el primero, sea vuestro servidor”. Si queremos un ministerio (servicio), si estamos llamados a él, tenemos que ser “menos” no “más”, para ser fieles a esa llamada de Dios.

¿Quién o qué es mas árbol, el fruto visible o la savia invisible?. Todo es uno.

Sé que estoy tocando un tema difícil desde la normativa de la Iglesia, pero respetándola, es una dimensión más profunda que toca al Dios de la Iglesia.

La vida nos enseña dolorosamente y lo sé por mi propia experiencia de pecador, que frecuentemente santidad y ministerio sacerdotal no van de la mano, ni en la Compañía ni fuera de ella. Santidad y humanidad redimida y apostolado fruto del Espíritu es principio y fundamento de la Compañía en la que unos ejercen el sacerdocio y todos lo son según la voluntad de Dios en Cristo.